

VERSÍCULO SEXTO —«*La salud es un estado del sér viviente debido á la relación armónica entre la organización y los agentes que la rodean. La enfermedad es un estado del sér viviente debido siempre á alteraciones materiales de los sólidos, líquidos ó gases*».

En cuanto al negocio de la salud sentimos vivamente que «*el Pabellón*» no nos exponga las leyes del *contrapunto* de esa *armonía*. Si vamos al decir de los materialistas, no podemos aceptar, á nombre de ellos, esa proposición; porqué en habiendo armonía química ya estamos aviados, y lo que es la química no desafina jamás. ¡Ojalá los hombres afinasen como afinan siempre los átomos! Siempre cantan bien, siempre están admirables; no necesitan *claque* que envuelva sus desarmonías. Francamente, esa proposición, en boca de médicos para quienes vida y muerte son términos idénticos, no entendemos qué quiere decir: sólo el que ve en la *vida* una *especialidad de acción*, puede aceptar que la *salud* sea una *especialidad de armonía*; fuera de esto, tan armónica es la salud, cómo la lepra, cómo la putrefacción, cómo cualquiera otra cosa fenomenal de la naturaleza. Aguardemos la fe de erratas del año IX del *Pabellón*.

En cuanto á la enfermedad, si es cierto que uno enferma y se muere (y que dicho sea de paso fuera broma pesada, si no fuese disposición divina), nos queda algún escrupulillo, por lo que dice á la naturaleza de las causas inmediatas á que *se debe siempre* la enfermedad (ó la muerte, que para el caso lo mismo da). Hé aquí un ejemplo de escrupulo. Un hombre, bueno y sano, se encuentra tranquilo en el despacho de sus negocios, entre sus amigos en plena felicidad. Un desconocido entra, se le acerca, le pronuncia al oído una palabra..., nuestro hombre palidece..., cae: ¡todo es inútil, está muerto!

Ved, querido colega, si podéis resolverme esta pequeña dificultad, y sino, discutiremos otro día sobre las causas de la enfermedad y la muerte del hombre. Nos guardamos en reserva largos años de práctica de anatomía autopsica y el apoyo del buen sentido.

VERSÍCULO OCTAVO. —«*Los agentes naturales son grandes modificadores de los estados de salud y de enfermedad*».

Esto no dice ni un punto más de lo que se sabe hasta en el estado más primitivo de la razón humana.

¡Decís que sustentáis una *Doctrina*! *Doctrina* viene de *docere*, que significa enseñar. No olvidéis esta etimología para el prospecto del año IX de vuestras victorias.

VERSÍCULO NOVENO. —«*Todo medio terapéutico obra modificando la parte material de la organización*».

Aquí encuentro de pronto un *grueso* vicio de lenguaje, pues si la

*organización* es el conjunto *material* del cuerpo, como así es, no puede modificarse más que *materialmente*.

Ni entre niños se aceptaría cuestión sobre eso.

En cuanto al hombre, tomado en su *totalidad real*, la cosa merece la pena de ser tratada muy seriamente. En primer lugar, los medios terapéuticos no todos son materiales; los hay morales, y por tanto, bien *inmateriales*; y por más que la química moderna no haya podido *aislar la amorina, la celosina, la tranquilina*, etc. etc., ha de reconocer á la fuerza, las propiedades y las virtudes del *amor*, de los *celos*, de la *tranquilidad*, etc., etc., en su valor estrictamente psicológico, único que tienen en sí. Ahora bien; cuando administramos, por ejemplo, el protóxido de oro para modificar una irritación atónica del tubo digestivo, llegamos por un medio *material*: 1.º, á la resolución del hecho material (irritación), y 2.º, á la abolición de un hecho moral (melancolía consecutiva); al paso que cuando Erasistrato condujo á los brazos del joven Antíoco el objeto adolatrado de su ferviente amor, le llevó en ese solo objeto, no sólo la felicidad para su espíritu, sí que también, por un efecto consecutivo, el reconstituyente más rápido y seguro de su organización.

Hé aquí lo que en este versículo habéis olvidado; nada menos que *la mitad* de la *Medicina real y positiva*; respecto al hombre, lo que en él hay de *espiritual*; respecto á terapéutica, lo que en ella hay de *inmaterial*... ¡Es muy cómodo hacer filosofía como se hace un almuerzo *a la carte*, pasando de largo lo que no acomoda, para nombrar tan sólo lo que nos halaga el paladar!...

En cuanto al último versículo de vuestro Alcorán, concerniente al libre ejercicio de las profesiones médicas, estamos en completo acuerdo; porque se trata de la libertad y del progreso, que constituyen el fondo de nuestras aspiraciones, siempre despiertas, con frecuencia probadas; nunca jamás desmentidas. Sobre este punto esperamos poder entendernos y hacer causa común con «*El Pabellón*».... todo mientras no nos salga con ese flaco de la filosofía, que en él tiene algo *de lo* del celeberrimo improvisador *del discurso de las bellotas*.

Vamos, pues, adelante, apreciable colega; continuad compilando lo más selecto de lo que piensan los demás; pero ahorrados todo lo posible el saber de vuestros *propios* pensamientos. En este ramo no pasáis de *aficionado*, y ante el público no se debe hacer más que lo que se sabe hacer de una manera, sino magistral, al menos arreglada y conforme.

He concluído, pues.—En todo el precedente examen de vuestra se-diciente *Doctrina*, he procurado tirar derecho al corazón de los

*principios*; más ni por un momento á las *personas*; á aquellos, guerra sin cuartel ni tregua; á estas, toda mi consideración. Sobre este punto puedo decir lo que la *jarretière* de la Reina de Inglaterra... «HONNI SOIT QUI MAL Y PÉNSE.»

(*Archivos de la Medicina Española*, 15 Febrero 1868.)

---

## ÚLTIMA HORA Y EN PRENSA YA EL NÚMERO

---

Sr. Director de *El Pabellón Médico*.

Muy Sr. mío: En este instante recibo su número de 28 del corriente.

Yo atacué el *frontispicio del Pabellón*, teniendo el valor de presentar descubierta mi persona, y la delicadeza de salvar la personalidad de usted y de sus compañeros; y en cambio un redactor de *El Pabellón* me contesta con un artículo sin nombre personal de autor, y entretrejado de insultos personales.

En su vista, *y antes de dar forma á mi OBLIGADA réplica*, doy á usted quince días de tiempo para consignar netamente el nombre del autor del indicado artículo; ó si ese señor no tiene para ello la necesaria entereza, sírvase usted consignar la lista nominal de los *señores que dijeron sí* en la votación ó adopción del documento literario á que me refiero.

Por si acaso el autor, (ó alguno de sus compañeros de responsabilidad), perteneciere al profesorado, que nada tema; pues le doy palabra de honor de no recurrir en queja. Jamás en la vida he apelado á la autoridad legal bajo ninguna forma, tratándose de cuestiones que son dignamente resolubles por los recursos individuales.

Me prometo que usted mandará insertar la presente en las columnas del próximo inmediato número de *El Pabellón*, y en cambio disponga, como siempre ha podido hacerlo, de S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ DE LETAMENDI.

Barcelona 30 Marzo de 1868.

(*Archivos de la Medicina Española*, 1.º de Abril de 1868.)

---

## UNA LECCIÓN AL DOCTOR MATA-SIETE

(Réplica al Pabellón Médico de Madrid.)

*Non oportet injuriari, sed studuisse.*

Al despertar del día 30 de Marzo último, llamó á la puerta de mi casa el número 327 del *Pabellón Médico*, correspondiente al 28 del propio mes; y ojeándole el *Sumario*, ví con sorpresa que en él venía indicado un artículo sobre *El Programa consabido*: busquéle, y viendo que por todas partes comparecía una escampada de «*Letamendi*»..... «*Letamendi*»..... «*Letamendi*,» colegí que todo el número venía, más que ocupado, *copado* por alguna espantable repulsa dada á mí, en méritos de un artículo mío intitulado: *El frontispicio del Pabellón Médico*, ó el *Alcorán de los positivistas madrileños*; escrito y publicado en el número 2 de los *Archivos de la Medicina española*. Eran ya dos con esta mis sorpresas: la primera, causada por la tardanza, pues más de un mes necesitó el defensor del dicho *frontispicio* para reaccionarse, y la segunda por el hecho de haberle merecido al *Pabellón* el alto honor de necesitarse *todo entero* para mí, desde el baluarte del título hasta el rebellín de la gacetilla.

Teniéndole ya en la mano, ¿qué hacer sino leerle? Así lo hice; mas como tengo de luengos años la costumbre de empezar á leer por el final tres géneros de cosas, á saber; novelas, cartas y memoriales, fuíme derecho á la cola de esa epístola de la que yo era á todas luces el contenido y el consignatario; extrañándome en gran manera ver colgada de esta cola «*La Redacción*.» ¡La Redacción! exclamé para mí, ¡eso es *ontología* pura! Oponer un ente de razón á un ser de carne y hueso, es contradecir en la práctica (¡y qué práctica, Señor! ¡una paliza!) aquel fulgurante horror á los entes, que lanza en el campo de las teorías la escuela positivista. «¡*Justicia y no por mi casa!*» parecióme que leía en el blanco del papel que sirve como de faralá al artículo.

Ello es, caro lector, que, cómo decía Sancho, cada cual tiene su alma en su almario, y por más que viendo la palabra «*Quijote*» en una página, y viniéndome con esto Cervantes á la memoria, y con él su consejo de no dejar de leer papelucho alguno que se venga á

mano, quise leerlo todo con serena atención, no pude reprimir, te lo confieso, un sentimiento doloroso, por mí y por el autor, porque tú ya supondrás, lector amigo, que tengo la delicadeza suficiente para poder con las sobras abochornarme por otro, como quien dice, en comisión.

Tal fué que cuando al salir á la calle supe que la empresa del *Pabellón* había inundado Barcelona, tanto médica como profana, (y por ende era de colegir que media España), de entregas de mi nombre, adornado con colgajos de improperios que luego verás y juzgarás tú mismo, fuíme á nuestra imprenta, en donde el número de 1.º de Abril de los *Archivos* estaba ya sudando tinta, y llegué á tiempo de coserle á la última plana la copia de un breve comunicado que al *Pabellón* remití, sin más propósito que el de sangrarme el alma y darle fe de mi vida al dicho *Pabellón*; ya que, por lo demás, allá se me da que salga *Pedro*, como que salga *Pablo*, como que salgan *todos*, como que no salga *nadie*, que son las *cuatro cosas* que en esa partida de tresillo pueden salir. Ello es que acabo de recibir cuatro atentas líneas en que el Director de *allá* me dice *nones*, y en su vista he de proceder cual si dentro del artículo estuviesen precintados todos los redactores, como tabacos en paquete, por aquello de *l'union c'est la force*; así como en tiempos normales, según las ocasiones, se sirven individualmente de un cierto capotón impermeable que tiene por nombre D. Onofre Trill. Ante ese comunismo de trajes y manejos, es fuerza que el adversario se ingenie y busque cómo entenderse con *un ente*, siquiera imaginario, pero que positivamente sirva como la peluca del «*quiero ser cómico*» á guisa de maniquí que reciba los golpes. Esto es más artístico y más saludable á un tiempo. Poco hube de discurrir para ello, pues tomando del enemigo el consejo, como suele decirse, el mismo *Pabellón* me lo dió. Yo para mí decía: «*Esto* es de *uno* que ha escrito por todos y detrás de todos, y á ese *uno* ¿cómo le llamo, si no sé quién es? Pero en cambio sé lo que debe de ser; un valentón perlonavidas que ha ido y les ha dicho: «¡Qué! ¿á Letamendi? ¡dejármelo para mí! ¡si de él no tengo yo para un diente!....» y ¡oh fatalidad! el mismo articulista en la página 134, col. 2.ª § último, me recuerda que á un hombre de ese jaez se le llama *mata-siete*, sólo que después eché de ver que así como él me arrojó á mí este nombre como *adjetivo injusto*, yo le debo usar, por necesidad, como *substantivo legítimo*; de suerte que debiéndole adoptar cual nombre propio, aunque de mentirillas como se supone, le pondré letra inicial mayúscula, tal como se escribe *Barba-roja*, *Boca-negra*, *Traga-niños*, etc. y un guioncito que separe las dos raíces; todos se-

gún rigor de regla gramatical, y cata ahí que ya nos las habemos, por sugestión del mismo autor, con el nombre naturalísimo, substantivísimo, legitimísimo de Doctor Mata-siete; que es lo que se debía hacer y demostrar.

Habrà en esto, dirà quizàs el lector, una impropiedad artística, pues siendo como debe de ser el artículo del *Pabellón* un verdadero cien pies, bien como acontece con toda obra de muchos ingenios, faltará la unidad de relación de causa á efecto, del autor á la obra, la cual por su múltiple estilo clamará á voz en grito por muchos autores, apareciendo impropia su atribución á uno solo.

¡Oh! eso nó. Se puede afirmar, sin escrúpulo alguno, que el documento literario en cuestión es obra de un solo ingenio, porque es *uno* el estilo, *unas* son las bellezas, *unos* los defectos, y donde quiera que se dá con esos armónicos *síntomas* de unidad, se puede afirmar que es uno el artífice; bien como basta salir á la ventana y estampar la vista por la naturaleza para sentir un Dios.

Y no es que la armonía de *síntomas* de *unidad* de autor de la pabellonada, me la figure sin motivos legítimos. *Aquella* riqueza y galanura de la frase, *aquella* abundancia de los giros, *aquella* puridad del lenguaje; (cualidades que reconozco y admiro en ese escritor, por más que él lleve trazas de negarme á mí hasta el conocimiento del hueso fémur); *aquella* entonación siempre olímpica, siempre igual, brillante siempre, que suena al oído como somatén tocado con la campana mayor; *aquella* monotonía de extrema luz, que á fuerza de dar en todas partes el mayor claro, concluye por dejarle á uno á obscuras, por falta de relación; *aquella* exuberancia de adjetivos hueros, que fatigan y doblan la imaginación, como humilla la calabacera su tallo cargado de calabazas; *aquel* ir y venir de los dioses del empiro ya jubilados, ora como personas, ora metamorfosados en adjetivos, como sisífico, danáico, icárico, báquico y cuantos quieras; ropería de oradores que navegan en lastre, sin carga, ni rumbo, ni útil fin; *aquellas* aleluyas histórico-médicas, siempre las mismas, siempre no obstante mudadas, como las salidas y las puestas del sol; *aquella* notable y casi patológica propensión á emplear una cierta figura retórica, que consiste en poner el plural por el singular, y que no recuerdo ahora como se llama, ni estoy para levantarme á buscarlo en *los* Campmany, *los* Hermostilla, y *los* demás que ahí tengo archivados; (porque la retórica es una de las cosas que de propósito procuré olvidar, persuadido de que para hacer *figuras* buenas, bellas y de movimiento, basta tener buen gusto, imaginación, experiencia de naturaleza y mucho fondo lógico); *aquellas* alegorías, tan largas que si cualquier

otro que *él* las hubiese de emprender, necesitaba entrarse antes por algún almacén de ultramarinos á tomar refrigerio; *aquel* espejear en cada temporada, no al autor más sesudo, sino al *lyon* científico más *fashionable* del día, sea de la ciencia que se fuere, como sea *lyon*, tal como por ejemplo, el semi-ilustre anatómico Luys, que hoy está de semana de espejeo en la mente de S. S., autor, *el Luys*, de un tratado, mitad anatomía excelente del cerebro, mitad psicología desbarrada risible; *aquella* fuerza dialéctica, tan robusta de suyo, pero tan mal empleada, que no parece sino encaballada de hierro construída solo para sostener tejados de esteras, ó desechos de telones y bastidores que sirvieron para antiguas y malas comedias; pues toda la substancia de nuestro escritor en todas las escrituras que, según él mismo, lleva publicadas, se reduce á vagas y superficiales reminiscencias de Voltaire, de Rousseau, de Condillac, y del tomo más fácil y más falso de Augusto Comte; pero sin tener del primero la asombrosa nitidez, del segundo la honrosa sinceridad, del tercero la increíble precocidad, del cuarto la vasta instrucción, y de ninguno un solo capítulo bien calado.... *todo ese conjunto* de cualidades y de pequeños lunares, presentes sin interrupción de la cruz á la fecha en el *trabajoso trabajo* de quien yo llamo en mis apuros Doctor Mata-siete, te dirá hasta qué punto es uno solo, y con qué viva luz se transparenta, quien sea el verdadero y tangible autor de la metrallada positivista, de cuyas heridas estas páginas me son la suave y cicatrizante glicerina.

No puede ser más que él, desengáñate; pues solo él reune, como privativo, ese conjunto de dotes. Pero cállate, no lo digas, que se pudiera enfadar; y como la cólera, al igual de toda pasión, enerva y debilita el alma, luego le faltarían las fuerzas para resucitar de esta mortaja que le dedico, y de la cual me tiene cuenta que vuelva á salir, por el placer de volver á amortajarle: *alea jacta est*.

Comencemos:

El contenido de las 17 columnas que á mi persona y á mi artículo del núm. 2 de los *Archivos* dedica el *Pabellón*, se compone de tres suertes de productos, á saber: 1.º *insolencias*, 2.º *bambolla* y 3.º *palinodias*.

Para el sentido de estos tres vocablos véase el *Diccionario de la lengua*, y para la propiedad de su aplicación al presente caso léase con detenimiento todo el contexto de esto que llamamos LECCIÓN. Respecto de este último término, los lectores ilustrados y probos juzgarán al final.

Por lo que dice á las *insolencias*, si dispersas por las páginas del *Pabellón* pudieron parecer á algún mentecato, heridas reales á mi dignidad, lo que es reunidas forman ellas solas, á los ojos de cualquiera, la ignominia de su enmascarado autor.

Hélas aquí, todas juntas: no las saltes, lector, te lo suplico encarecidamente.

«*Saltimbanquis, pedante, payaso, bufón, graciosísimo periodista barcelonés, abejorro, divertido decidor, mosca que no encuentra matadura, camorrista, chocarrero, candidato á celebridad de campanario, presuntuoso, chusco crítico, miope, acataratado, atelarañado de entendimiento, impertinente metafísico, sabio (en bastardilla), quijote, musgo, ente híbrido, retrógado, bravucón MATASIETE (aquí resbaló), fanfarrón, flamante caballero de las antiguallas, zóilo, metafísico doctor, pedante (y van dos), domine pseudo-crítico, malqueriente, hipócrita (aquí fué ella), sabio (bastardilla oculta), presuntuoso, vanidoso, inteligencia olímpica, portugués de la ciencia, romo, quisquilloso, argumentador de baja ley, dialéctico frailón, chabacano, falto de comprensión ó sobrado de voluntad de errar á sabiendas, (eso de puro rabioso no se entiende), caletre calenturiento, levantador de falsos testimonios, Su Señoría metafísica, blasfemo, casi-neo, triquiñuelista, tonto, pedagogo, Aristarco (bastardilla oculta), tocador de violón, sabiondo, pedagogo (y van dos ó tres), embajador, charlatán, Aristarco (y van dos), orejas de Boecia, Aristarco (y van tres), babeiaca, hipócrita, (y van dos).»*

Ahora, lector, imagina todo eso salpicado de veinte y tantos *Letamendis*, esparcidos á guisa de alcaparras por el artículo, como para hacerle más estimulante, y dime, ¿puede esperarse más de la mujerzuela más mujerzuela, presa de un feroz ataque histérico?

Por su parte el autor, que imagine por un momento su firma puesta al pie de esa *compañía de preferencia* de su *dialéctica*, y vea qué efecto le causaría si estuviera?

Si se souroja, le compadezco, porque este sonrojo una mejor educación pudiera habérselo evitado, y eso probablemente es culpa suya.

Si no se sonroja, le compadezco asimismo, pues las caras curtidadas son mucho más dignas de lástima de lo que generalmente se cree.

Hecha esta primera eliminación, barrida la crítica del Dr. Matasiete de la inmundicia que contenía, ya puedo entrar en ella sin considerarme mancillado.

Entremos pues.

## RÉPLICAS AL EXORDIO

Le irrita al airado Doctor aquello mío de «*chambonería* científica y conjunto de *sandeces* disfrazadas de principios.»

CHAMBÓN se llama en castellano al que es torpe ó poco diestro en el juego, (su acción y efecto, CHAMBONERÍA).

SANDIO se llama en castellano al que dice vaciedades, con ciertas infulas de discreción (su acción y efecto, SANDEZ).

Ahora bien: esto, nada tiene de calumnioso, sobre todo si se prueba: se lo probé y hoy volveré á probárselo:—de suerte que de esta hecha la ciencia de Mata-siete va á salir *reprobada*.—Basta, vamos á otra cosa.

Más adelante dice el *Pabellón*:

«*No tenemos por costumbre la polémica, siquiera se nos provoque á ella en el campo de las buenas formas.*»

—Pues precisamente por esto amostacé mi artículo crítico sobre el *frontispicio del Pabellón*; AMOSTACÉ, digo, porque conforme la mostaza es compatible con la cocina de buen género, es compatible aquel mi artículo, así en sus formas como en sus términos, con la condición y el decoro de su autor. Por lo demás, ya que he dicho claro, tiempo há, ora solo, ora acompañado, que combatiría el positivismo y demás aberraciones filosóficas, epidémicas hoy entre nosotros, al dar con un *Pabellón* que no se entiende de cortesías, ni saludos académicos, y según propia confesión de su auditor de guerra, goza de más crédito por sus *silencios* que por sus *corcheas*, era menester, y fué muy de mi gusto y del de los compañeros Casas, Gasc, Petronius, y de Pons y todo, darle una arremetida que le obligara, quieras que no, á hacer buenas sus bravatas de prospecto. Así lo hice; por esto fui *pronto agresivo y rudo*; mas como al hacerlo no eché á un lado mi dignidad, resultó que fui *pronto sin irreflexión, agresivo sin personalidad, rudo sin grosaría*; todo sin anónimos, ni seudónimos, ni comanditas, ni gerencias, ni razones sociales que me encubriesen, porque no tengo de qué, ni por qué. Si algún término malsonante hay en mi artículo sobre el *frontispicio*, nótese bien que no sólo no va colgado á *nombres de personas*, sino que, ó es condicional, ó sale fatalmente de la fuerza del razonamiento.—Si el defensor no ha sabido estar á la altura del fiscal, peor para el cliente y para la fama del *letrado*.—Al fin, de un modo ú otro, salió al palenque.

Lo de «*Alcorán*» sí que se vé que puso á Mata-siete desatinado.—Oigámosle.—«*Y al estampar ese programa, no dice á sus lectores: cree ó muere. Le desenvuelve, razona, demuestra, trata de convencer con los he-*

*chos y el raciocinio. De esto á un alcorán va una distancia inmensa que sólo dejan de ver los miopes, los acataratados por la preocupación, y los que tienen telarañas en el entendimiento.»*

ALCORÁN le llamé porque reúne las tres cosas que caracterizan el libro de Mahoma.

1.<sup>a</sup> El ser *oscuro*, parte de intento, parte por ignorancia, COMO EL ALCORÁN; 2.<sup>a</sup> el suponerlo *todo averiguado*, dada la última ley, y representar por lo tanto el *quietismo* en filosofía, COMO EL ALCORÁN, y 3.<sup>a</sup> el imponerse (el positivismo en general) hoy sin pruebas, y mañana probablemente á tiros *por las calles del mundo*, si Dios no lo remedia, como lo prevé quien quiera que conozca un poco los fundamentos del derecho. ... también COMO EL ALCORÁN.

ALCORÁN, pues, le llamé, y creo que con estas explicaciones no se ha ganado más sino que lo que era *alcorán* á mi ver, y para muchos pasó desapercibido, sea *alcorán* en adelante *en concepto de todos*.

Pero ahora viene la gorda. Dejémosle desfogar como máscara en sarao.

«Calificar de *sinópsis materialista* nuestro programa, es en los días que corremos un recurso muy socorrido para el que se siente débil en su conciencia científica. Es además lanzar una estocada con florete de acero á quien saben de antemano que, si da en pararla, tan solo ha de poder hacerlo con un estoque de plomo. Afortunadamente, ya puede alambicar hasta la quinta esencia ese impertinente metafísico dicho programa. Trabajo le mandamos, si ha de hallar en aquel el menor barrunto de negación del espíritu. Y si no obtiene con sus refinadas destilaciones tal negación, nos dará derecho para exigirle que cante la palinodia, ó decirle á las barbas que no se le alcanza lo que reza la palabra *materialismo*.»

¡Cuidado que es farsa esta! ¿Para cuándo guardarán el heroísmo de los principios esos hombres, si hombres son, medio mártires, medio palinodias, mezcla no pocos de turrón del día y de aspiraciones al turrón de mañana? ¿De qué querrán escribir? ¿Qué clase de libertad necesitan para escribir de ciencias?... Mira, lector, no extrañes si estoy duro. Es menester acabar con esta insoportable comedia, en la que la ignorancia, y á menudo la astucia, desempeñan el papel de víctimas, y quedándose con el provecho, le arrojan á uno el baldón. No hablo por el Dr. Mata-siete, de quien es probable y quiero creer que no percibe sueldo del Estado, y que si me ha dirigido tamaña ofensa, apoyada *en los días que corremos*, ha sido tan sólo llevado por ese *amaneramiento politiquero* en que ha caído nuestra literatura científica.

Y sino lee tú mismo, imparcial lector, y juzga si se puede escribir con mayor libertad.

Busca, entre otras mil frioleras, la que en la pág. 138, col. 2, *virtuta* 5.<sup>a</sup>, lín. 17 y 18, dice así: «¡Como si no hubiera quien atribuyese la vida á la acción del espíritu, sin advertir que las plantas y los irracionales viven sin él!» á lo cual le replicaría Clemente V y con él el Concilio general de Viena... «*Definientes, ut cunctis nota sit fidei sincera veritas ac præcludatur universis erroribus aditus ne subintrent, quod quidquid deinceps asserere, defendere, seu tenere, PERTINACITER (tranquilizarse) præsumpserit quod anima rationalis seu intellectiva non sit FORMA corporis humani PER SE ET ESSENTIALITER, tamquam hæreticus censendus sit* (1).

Y León X, al frente del Concilio general IV de Letran, reiterando la propia definición (2).

Y Pío IX, contra Günter, con motivo de la duplicidad de fuerzas, ó formas, ó almas que éste admitía en el hombre, una sensitiva y otra intelectual, expresándose (el Papa) en estos términos:—«*Nos-cimus iisdem libris lædi catholicam sententiam ac doctrinam de homine qui corpore et anima, ita absolvatur, ut anima eaque rationalis, sit vera per se, atque immediata corporis forma* (3);» teniéndose entendido: 1.º, que el Concilio de Viena tuvo efecto en el siglo xiv; 2.º, que los términos están adecuados al sentido de los clásicos metafísicos de la época; 3.º, que en las *definiciones* mismas están sobradamente parafrasearlos; 4.º, que la *Summa Theologica* del metafísico-teólogo de Aquino (4), posterior al Concilio de Viena, y con él todos los teólogos, precisan al régimen de aquella época los términos de aquella definición canónica, y finalmente, que con todo esto se encuentra nuestro precavido Dr. Mata-siete que al final del reto que me lanza, más confiado en su miedo que en su estoque, y en fuerza del cual reto me pone en la alternativa, dura, de caer en ridículo ó ponerle en ridículo á él, resulta: que en prueba de lo amordazado que vive «por lo calamitoso de los tiempos», me hace advertir la flaqueza con que un Clemente, un León y un Pío «atribuyen la vida á la acción del espíritu, sin advertir que las plantas y los irracionales viven sin él!» Hablar de miedo y decir esto, es una de dos, ó *hipocresía sabia*, ó *sabiduría al revés*; y como me reiría de un hombre que en votos y reniegos se lamentase á la vecindad de que á causa de un bando sobre blas-

(1) Clementinæ, De Summa Trinitate et Fide Catholica, Tit. 1, cap. único.

(2) Sesión VIII.—Canon. Apostol. Regim.

(3) Litteræ Apostolicæ ad Cardin. Geissel, Archiep. Coloniensem, datæ an. 1857.

(4) V. Summa Theol. Q. 76, art. 1.º, apéndice.

femias no puede hacer valer su razón contra el vecino de enfrente, así me río de ese infortunado sabio, que á vueltas de sus repulgos de *calamitosos tiempos y estoques de plomo*, nos endilga parrafillos de tal jaez, tan expresos para ponerle en ridículo social y científicamente, que no parece sino que le tengo sobornado el amanuense.

Ahora ya le constará que *puede* decir lo que bien le parece, pues *por hechos* se le acaba de probar, y del hecho á la potencia vale la consecuencia.

Llegamos á la cumbre de las palinodias, como quien dice al lugar del lance: sobre aquello de «*trabajo le mandamos, si ha de hallarnos el menor barrunto de negación del espíritu, etc., y si no obtiene con sus refinadas destilaciones tal negación, nos dará derecho á exigirle que cante la palinodia ó decirle á las barbas*», etc. Voy á demostrar al confiado *Mata-siete* que en su escrito *niega la existencia del alma*, y como el dicho escrito es la explanación del *frontispicio*, quedará probado de éste lo que se apruebe de aquél.

En ese artículo dichoso, se dicen las cosas siguientes:

1.º SOBRE EL RECONOCIMIENTO EN SÍ.—«*El espíritu cómo tal, no entra en su estudio* (de la Filosofía positiva); *entran sus manifestaciones, como propiedades del sistema nervioso, instrumento material del alma; pero ésta, en sí nó* (V. p. 134, col. 1, § último.)

CON LO CUAL se niega que el alma sepa *de sí* lo suficiente para la afirmación de su propio *ser*; principio del conocimiento *en sí*, y de la ciencia positiva de sus actos, sus facultades, y por ende su naturaleza.

2.º SOBRE LAS FACULTADES.—En la pág. 134, col. 2.ª, § 2.º, se usa explícitamente el término «*facultades cerebrales*» (hablando de la *razón*); reiterando implícitamente el propio concepto en varias otras formas y ocasiones.

CON LO CUAL se le niega al espíritu las *facultades*, á menos de admitir en el cuerpo dos *facultativos*, en cuyo caso estaríamos medrados á juzgar por los trabajos que uno solo se lleva para gobernarse.

Enajena, pues, al espíritu las «*facultades intelectuales*,» ya que las adjudica al cerebro, y de dos no pueden ser. Ya ve, asimismo, que aquél «*inmediatamente*» tan enfático, que coloca allí como «*para-pedantes*» (término suyo), no le puede servir de *para-anzuelos*; le pesaron.

3.º SOBRE LOS ACTOS.—Dice en la pág. 134, col. 1, § último, «*que es como si dijéramos* (la atómica) *la parte del ser humano que está al alcance de nuestro entendimiento, y acerca de la cual cabe la demostración y el raciocinio fundado en hechos.*»

CON LO CUAL declara que los actos presentes á la conciencia *como morales* sólo los acepta *como materiales* (á menos de que niegue que existen, es decir, que piensa). Ahora bien, como que el pensamiento es *un hecho*, nuestro conferenciante no le puede negar, siendo negable solamente la calidad natural de la cosa que tenga la *facultad* de ejecutar *el hecho*. Ya tenemos, pues, que niega las operaciones racionales *íntimas*, en cuanto son actos de presencia del espíritu *ante sí y por sí*, admitiéndolas tan sólo como actos atómicos, único *objeto de ciencia*, de la ciencia pabellonesca. Y no vaya ahora á decirnos que se desentiende de esos *actos* como objeto de conocimiento científico formal, y que sólo los acepta por acto de fe, pues tendré que recordarle que es el autor de aquel artículo que estoy analizando, y que tiene por objeto y fin ordenar, enderezar, aclarar y vapulear CIEN-  
TÍFICAMENTE (ojo al adverbio) mis ideas, mis facultades, mis opiniones, *actos internos* al fin, y en cuya ciencia si Mata-siete no tiene gran poder, tiene grandes pretensiones por lo menos.

4.º SOBRE LAS RELACIONES MORALES MUTUAS.—En la pág. 139, columna 2.ª, y en la 140 col. 2.ª dice usted *substancialmente* que *un ser moral no puede modificar á otro por acción moral positiva*; fundado en que todo se hace *en y con* los sentidos, lo cual no es lo mismo que verificarlo *por medio de los sentidos*, (que sería mi decir), y como *del propio modo, so pena de absurdo*, esta doctrina debe rechazar la posibilidad de acción de ese mismo ser á otro ser moral, en el concepto de tal acción moral, pues los órganos de movilidad, lo mismo que los de los sentidos, son *materiales* y no *morales*, resulta que la acción moral no entra ni sale: siendo el alma un ser que vive encascarado herméticamente como una avellana.

De suerte, que según ese profundo frontispicio, en el libro de *cargo y data* del espíritu humano, así como *para el hecho de recibir*, tan *màterial* es un puntapié como una mirada de íntima inteligencia entre dos almas que se comprenden bien, así también *para el hecho de dar*, tan material es una requinta de tos como el ária final de la *Lucía*. Este modo de *no ver*, es altamente patriótico; pues hará dar un gran paso á la cuestión de economías; el Teatro Real ya no necesitará subvención; Tamberlick queda filosóficamente reducido al rango de un *gritador* de la *Correspondencia de España*. De un golpe de Credo formulado en una tertulia dieron fin las bellas artes,... y dió fin la posibilidad de la Revelación.—Tú lo verás, lector imparcial, por poco que lo medites.

Resumamos, lector: La filosofía del *Frontispicio del Pabellón* niega al espíritu humano el valor positivo de su afirmación de existencia

(el *en sí*); le exonera de sus *facultades* dándolas á los átomos (*cerebro*); niega el valor psicológico ó espiritual de sus *actos reflejos ó morales íntimos (conciencia)*; niega, en fin, los *actos morales directos ó de relación (acción moral recíproca)*; es así que quien de una cosa niega, en el orden positivo, el *ser*, la *potencia* y los *actos*, así íntimos como de relación, niega positivamente la existencia real de esa cosa.

ERGO; el *Pabellón Médico* niega positivamente la existencia real del espíritu humano, *que es lo que debía demostrar*.

¡Ni la *sonda de Belloch* le desatasca del tragadero este ERGO al confiado Mata-siete!

Y crea que me quedo corto;... el ladino doctor le puso á su filosofía una careta de red de pescar diciéndole: «anda, ve; que nadie te ha de conocer y podrás á mansalva hacer de las tuyas,» y con todo y la red de pescar... se la han pescado. Por algún tiempo la apatía filosófica en que vivimos le ha permitido á su autor echarlas de rey de las ideas españolas, pero nadie con más razón que él puede exclamar como Sancho Panza: «¡Si buena ínsula me dieron buenos azotes me cuesta!»

A otra cosa:

Empezemos ya á quemar, una á una, las virtutas del *Pabellón*; pues lo que resta del *exordio* del Doctor, no es más que una lamentable confusión de *razón, principios, metafísica y cerebro*, llamando á la razón «*conjunto de actividades cerebrales*;» de suerte que no extrañe que la pobre razón se le escape de casa, según la maltrata, y se venga á la mía donde se la reconoce y respeta como por su origen se debe.

## RÉPLICAS Á LAS VIRUTAS

### VIRUTA 1.<sup>a</sup>

*Recuerdo del versículo 1.º—«Filosofía positiva.» (1).*

*Quema de la viruta 1.<sup>a</sup>* (del Dr. M.)=Pocas palabras he de emplear aquí. Con recordar que yo decía, á propósito de la *criptogamia*, ó falta de verbo de ese *versículo 1.º* «...ya veremos si esa *Filosofía es positiva*,» (Arch. n. 2, p. 68) está demostrado que indicaba que el *versículo*, con

(1) En cada sección consignaré el recuerdo del *versículo* correspondiente del *frontispicio* del *Pabellón*, á fin de imposibilitar el olvido de lo que se discute, entendiéndose por *virutas*, en este escrito, las partes en que divide el *Pabellón* su artículo del 28 de Marzo, que es lo que aquí se rebate.

un énfasis al alcance de todos, viene á decir «*Esta Filosofía es la positiva; lo demás es broma.*» Ahora repase el lector el texto del contrario y verá como *su* viruta 1.<sup>a</sup> arde sola, al calor del ridículo.

### VIRUTA 2.<sup>a</sup>

*Recuerdo del versículo 2.<sup>o</sup>—«Método analítico.»*

*Quema de la viruta 2.<sup>a</sup>* (del Dr. M.)=Aquí sí que van á arder solos viruta, versículo, Mata-siete y *Pabellón*. ¡Lástima de catástrofe para el 2.<sup>o</sup> acto de una tragedia que tantos tiene!

El Autor afecta no haber entendido la manifiesta chacota anti-positivista que revelaba aquella frase de ser el *hemisferio derecho del cerebro el lugar del proceder sintético*; y puesto que sobre base tan poco leal se apoya para echarlas de fisiólogo, hasta el extremo de imponerme las ideas anatómicas que en cátedra deba yo emitir, justo es que le imponga á él á mi vez, por vía de expiación, el que su cerebro me sirva de prueba *aquí*, de lo que *allí* dije en broma. Ábrese, pues, discusión entre los *dos hemisferios cerebrales* del defensor del *frontispicio*, y con tanto mayor motivo cuanto que en la pág. 137, § 2, lín. 7 nos declara, que son varios *los centros de su conciencia*.

Discutan, pues, mientras que yo tomo aliento: que llevo ya una larga tirada de escribir.

(PRESIDENCIA DEL SENTIDO COMÚN)

El HEMISFERIO IZQUIERDO (*tomó la palabra, y dijo:*)=«El método analítico es el único que reclaman las ciencias químicas;... como lo reclaman todas las ciencias físicas ó naturales.» (Pág. 135, col. 1.<sup>a</sup>, lins. 25 á 29).

«Que tenemos ese método como el mejor, como el único capaz de conducirnos recta y sólidamente á la investigación de los fenómenos y de sus leyes no hay para qué disimularlo; no vacile nuestro crítico en atribuirnos esta opinión, no solamente en las ciencias de hechos, si es que hay alguna que no lo sea, sino hasta en las más abstractas.»=He dicho. (Pág. 136, col. 2.<sup>a</sup>, lins. de 7 á 13)

El HEMISFERIO DERECHO (*pidió la palabra en contra, y dijo:*)=«Suponer que por declararnos partidarios del método analítico, rechazamos el sintético como una cosa inútil y hasta perjudicial, es una suposición gratuita que así puede depender de una falta de comprensión y de lógica, como de una sobra de voluntad de incurrir á sabiendas en un error tan garrafal.» Pág. 136, col. 1.<sup>a</sup>, lins. 41 á 45.)

El HEMISFERIO IZQUIERDO (*pidió su Media-Señoría la palabra, para rectificar, y dijo:*)=«Todos entienden bien y desde luego que con ello »queremos decir lo que decimos; (*sensación*) que estamos por el mé- »todo analítico, objetivo, experimental como el más conducente á »la investigación de lo verdadero;... puesto que la historia de los »conocimientos humanos nos pone de manifiesto que mientras las »ciencias se han cultivado á impulsos de la SÍNTESIS y bajo el dominio »de la metafísica, verdadero *onanismo* de la razón (*murmillos*), apenas »si se ha dado un paso por terreno firme, marchando siempre por entre hipótesis á cual más descabellada.» (Pág. 135, col. 2.<sup>a</sup>, líneas de 38 á 49.)

El HEMISFERIO DERECHO *para rectificar y dijo:*)=Aparte esa palabrota que revela el estado moral más lamentable en que pueda caer un escritor, debo decir que; «desde la doble escala del Canciller Bacon, »nadie ignora que toda análisis TIENDE á la síntesis, como toda sín- »tesis TIENDE á la análisis. Ni el método analítico consiste tan solo en »observar particulares, ni el sintético en sentar una generalidad »como punto de partida. LA SÍNTESIS ES EL FIN Y COMPLEMENTO DE LA »ANÁLISIS.» (Pág. 136, col. 1.<sup>a</sup>, últimas líneas).

El Sr. PRESIDENTE (*resumiendo*).=De suerte, señores, que siendo para ustedes dos, que juntos integran la persona, el criterio, la sabiduría, la gloria y la consecuencia de su amo, siendo, digo, el *método analítico el único método de acertar*, y la SÍNTESIS *el método seguro de desbarrar*, y siendo para Vds. igualmente cierto *que la síntesis es el fin y complemento de la análisis*, se deduce en estricta lógica, QUE PARA VDS. EL FIN Y COMPLEMENTO DEL ACIERTO ES EL DESBARRO.=Nos hemos lucido.=Se levanta la sesión, porque casi les tiene á Vds. más cuenta que continúe el Dr. Letamendi.

¡Yo! ¿qué he decir, pobre de mí? ¿Qué saca el dueño de semejantes sesos con decirme: «*Combata seriamente, si sabe y puede, el Dr. Letamendi nuestra opinión,*» si por más que yo *sepa* está él á todas luces incapacitado de entenderme, y por más que yo *quiera*, la situación de sus sesos no me da lugar, profesando como profeso á un tiempo las dos opiniones contrarias? ¡Bastantes disensiones hay en el cráneo de ese buen autor, para que vaya yo ahora á meter más cizaña en su cerebral familia! No quiero, no, intimidades de ese género, que traen siempre disgustos; que bien dice el adagio: «ama á Pedro desde lejos; no se lo digas jamás.»

Lo que es á tí, lector, ya es otra cosa: te diré en dos palabras lo que aquí procede decir. Es empresa muy árdua la de llegar á tener concepto claro de la teórica del método en sus múltiples formas, de-

rivaciones, diferencias y semejanzas; más breve, en su vasta é intrincada comprensión. Si eres aficionado ó cultivador de esos estudios, tan esenciales al matemático como al químico, al anatómico como al letrado, podrás leer las cortas páginas que á este asunto dediqué en mi «*Discurso sobre los elementos generales de ciencia* (1866), (pág. desde 25 á 33) como cuerpo de doctrina general.

Respecto del versículo 2.º del *frontispicio del Pabellón Médico*, en otras dos palabras estarás al cabo de mi tema: «*Método analítico*;» es un membrete que no debe ponerse nunca como lema de una filosofía, sea la que fuere; si es que se quiere decir ÚNICO porque es un *disparate*; hágame bueno, si nó, el discurso *del hemisferio derecho del doble Doctor*; y si es que se quiere decir, *Método doble*, método completo, método único, método total, método en redondo, entonces no es «*método analítico*,» lo que se debiera poner, sino «MÉTODO,» á secas, y como una filosofía sin *método* es un absurdo, resulta que avisar que tiene *método* es una *vulgaridad*. Elija, pues, el *Pabellón* entre *vulgaridad* y *disparate*.

Por último, proclamar el Método analítico y á seguida proclamar la generalidad más general posible (por ejemplo la ley de las causas y de los fenómenos), es cosa que da risa; y hé aquí como me sobra-ron motivos para reirme del *frontispicio del Pabellón Médico*.

Basta y á otra.

### VIRUTA 3.<sup>a</sup>

*Recuerdo del versículo 3.º del frontispicio*: «La ley causal es la unidad; la fenomenal el infinito.»

*Quema de la viruta 3.<sup>a</sup>* (del Dr. M.).—Seré muy breve, porque aquí la palinodia ya se me da cantada.

Dice el Doctor que el número de causas «*CASI está reducido á la atracción y electricidad, al paso que los fenómenos son infinitos, se presentan en formas innumerables*» (pág. 137, col. 1.<sup>a</sup> § 4.º).

Y en el párrafo siguiente: «*Podrá este modo de ver no ser DEL TODO EXACTO, ser demasiado general, exagerado en punto á la unidad de causa; una crítica razonada de esta opinión, tal vez hubiera podido convencernos de nuestro error, pero nuestro Aristarco ha preferido,*» etc.

RESULTADOS. 1.º Que el número de causas está CASI reducido á dos. DOS y CASI, SON TRES, por lo bajo.—Total; PALINODIA. Corrección: «*La ley causal YA NO es la unidad.*»

2.º Que no siendo sinónimos, para nadie que tenga sentido común, los términos INFINITO é INNUMERABLE, y habiéndosenos colado

est.) segundo término como una novedad ingeniosamente introducida que no está en el *frontispicio*, es aquí patente otra PALIDONIA.—  
Corrección: «*La ley fenomenal YA NO es el infinito.*»

3.º Que á causa de no haber sido tratado el *Pabellón* con toda la cortesía del mundo, y no pudiendo por este motivo reconocer su error, ahora se va á perder una serie de generaciones en las tinieblas, por culpa de un pobre escritorzuelo ignorante é ignorado de todo bicho viviente. ¡Qué le haremos! ¡Por menos se perdió la patria en 711! ¡Por una mala mujer! ¡Cosas de España!

Aquí diera fin *la quema de la viruta*, pero conviene aventarle las cenizas. Ayúdame, lector, á ver si en lo que resta tengo razón; porque, francamente, desde que el *Pabellón* me la da, ... vacilo.

El hombre no puede, no digo ver, ni tan siquiera *enumerar* nada *infinito*, porque á lo mejor se muere y se le queda la cuenta al empezar. Por eso debe llamar *innumerables* los fenómenos. Así pues, no es dado al hombre *enumerar todos los posibles*, sino concebir que es *posible* que haya infinitamente más, y como esta *posibilidad* ó *potencia* sólo reside en la *causa*, y la razón comprende (desde que hay hombres) que esta *causa* es *única*, y esta *causa única* tiene por nombre propio el sustantivo Dios, resulta que lo único que podemos afirmar es: que «LA CAUSA DEL UNIVERSO ES DIOS Y SU POTENCIA INFINITA,» que fué la corrección que propuse al *Pabellón*, sino que él es un mal agradecido, además de ser un mal hablado. Y digo «DIOS,» claro, (como no dije la primera vez), para que de esta quede todo dicho, ya que tanto lo desea el Doctor de la repulsa. A primer golpe parece que en este versículo, (como en otros), sólo se disputa del valor de algunas voces. No; en materia de principios no hay cuestiones de palabras; pues se supone que la palabra ha de expresar el fondo mismo de la cuestión. Si no se habla BIEN en un CREDO, ¿para cuándo se guarda el hablar bien? Desengañarse; aquí la cuestión planteada es la *de la afirmación* ó *de la negación de Dios*, y, en esta antítesis, se nos presenta el Dr. Mata-siete, con su «*casi dos,*» como un chiquillo que quiere catar un dulce que le agradaría mucho y que no sabiendo como llevarle, siquiera con la puntita de la lengua, se encarama encima de un montón de disparates. ¡Aguarda, niño, aguarda! que cuando la electricidad explique lo pasado, lo presente y lo posible... ya avisarán! Interin, anda, cúrate de esta cachetina.

VIRUTA 4.<sup>a</sup>

*Recuerdo del versículo 4.º del frontispicio.* «La materia es activa y sigue las mismas leyes en el mundo orgánico que en el inorgánico.»

*Quema de la viruta 4.<sup>a</sup> (del Dr. M.)*—Empieza el temible Autor el § 2.º exclamando: «*Estamos hartos de explicar á cuantos nos han salido con esta embajada*» etc. No comprendo los apetitos de ese señor: el estar *harto* de comer embajadores, que debe de ser comida fuerte, ¿es acaso un motivo para rehusar comerse un aprendiz; como quien dice una aceitunita? ¡Ah! un vomitivo reclama su ahito estómago! así está el *Pabellón* del 28, que más parece aljofaina que periódico!

Prosigamos, que el refrán dice «al que no quiere caldo taza y media,» y lo del *credo romboidal* no puede quedar así.

Que prosiga:

«que para *nosotros* la voz *materia* no es más que una palabra de sentido abstracto, general, con la que se expresa sintéticamente todo lo que ocupa espacio. Por consiguiente, nunca hemos entendido por ella ninguna existencia real, substancial, ontológica, no siendo más que un concepto de la mente, como lo son todos los abstractos. *Quien dice materia, dice materias*, que son las verdaderas existentes, *potasio, sodio, plata, mercurio, etc., agua, aire, amoníaco, ácido sulfhídrico, etc.*, las cuales, lo mismo que todas, según los físicos, toman el nombre de *cuerpos simples ó compuestos*, cuando sus átomos se reúnen en bastante cantidad para afectar nuestros sentidos.»

Esto se llama acaparar empleos: *mata-siete* por lo bravucón, *matu-tero* por el contrabando. Si no nos andamos listos, lector, nos pasaba este *lío* por las narices, sin apercibirnos de ello. En la vida el plural *materias* no ha sido técnico, ni en química, ni en física, ni en filosofía; sólo en industria, en artes, en higiene pública, se dice, á título de término vulgar, para allanarse al uso común al significar lo indefinido de ciertas cosas, como *materias* putrescibles *materias* contumaces, *materias* solubles; pero en las ciencias puras, clásicas, jamás se han admitido, ni siquiera propuesto como técnicas, por NADIE. Aquí no estamos para invenciones. CUERPOS (simples ó compuestos), SUBSTANCIAS (simples ó compuestas); hé aquí todo el tecnicismo físico y metafísico sobre el particular: *cuerpos* en sentido propio (Física); *substancias* en sentido propio (Metafísica); con más las aplicaciones

invertidas impropias pero aceptadas, de estos términos, como de otros se hace; quedando la VOZ MATERIA, en singular técnico, autorizada por el uso unánime, en todos los tiempos y por todos los autores, como expresiva del *substratum* de los fenómenos externos. Si tanto afán tenía el desatinado autor del *decálogo* madrileño, de expresar *la idea abstracta de la mente* relativa á los *cuerpos*, podía haber dicho: «*la corporación ó la corpulencia es activa:*» pues hecho el gasto de ponerse en ridículo, tanto valía.

Esta es, pues, *palinodia insidiosa*, ó sea, *disparate con ensañamiento*. Dejarle; dejarle; pues como dice que *quiso decir materias* y las hace *sinónimas de cuerpos*, ya cantó. Prosigamos;... «y sigue las mismas leyes en el mundo orgánico que en el inorgánico.

El ejemplo de que *si el cabo de gastadores se asomara al alero de un tejado, más de lo regular, se caería en la calle*, (como prueba de que la materia sigue las mismas leyes en los dos reinos), es inútil, cuando estamos todos asistiendo á la caída de una celeberrima celebridad en el pozo del ridículo, por haberse asomado un poco más de lo regular al alero del tejado de esta controversia, sucumbiendo á la gravitación como una teja, y á pesar de contarse en la categoría de los animales. En las páginas 56 y 57 (ed. 1.<sup>a</sup>) del *Discurso sobre la naturaleza y el origen del hombre*, tengo hechas en punto á categorías naturales las declaraciones más francas é incontrovertibles, porque son de lo que todo el mundo ve, de lo que toda escuela admite. Pero la cuestión, lector, no está ahí: si me ocupé poco y en *guasa* de la segunda proposición del *versículo* 4.º, fué porque la *guasa*, ó mejor, el *epigrama en prosa*, era la forma más expedita de criticar la enormidad del despropósito: pero tomándolo en serio, ya que es tan remisa la comprensión del pasmado Doctor, digo, que le prometo regalarle un buen tratado de urbanidad, si me prueba que el reino mineral ha obedecido alguna vez á las siguientes leyes:

LEY DE LAS FLUXIONES: (á ver si en algún caso ha visto que al dar una piedra contra una pared, le salga á esta un *chichón*).

LEY DEL HÁBITO: (á ver si conoce alguna lima que se *habitúe* á limar: si sabe *producir* limas de tal temple, que se deje de escribir, porque lo que es sus limas literarias no le traerán fortuna, según tienen deleznable los dentellones).

LEY DE REPRODUCCIÓN: (á ver si echando un napoleón en el *río de la plata*, y sin más cuidado, empieza el río á poblarse de napoleoncitos. y que me avise, que iremos á pescar juntos).

Etc., etc., etc.: por atención á tí, lector; por no ofender tu ilustración, que, como el valor en las hojas de los militares, «se supone.»

Y quédese esto así, aun sin hablar del orden moral.

Lo que hay en esto, es lo que hay en todo; un nivel de instrucción cercano á cero; pues parece imposible que haya quien se ponga á pegar (y por eso se sale de incógnito y con denuestos) sin saber dis- cernir entre estas dos proposiciones:

1.<sup>a</sup> «Todos los cuerpos obedecen las leyes del reino inorgánico» (que es la mía y de todo el mundo);

Y 2.<sup>a</sup> «Las leyes de la materia son las mismas, y no más, para el reino orgánico que para el inorgánico» (que es la del *frontispicio*, puesta clara).

Tú ya me entiendes, lector; pero como el remiso abogado es un verdadero menor de edad en ciencias, y para los niños lo mejor es el ejemplo, aquí va uno.

Mata-siete y yo, los dos, *escribimos*; pero yo además *tengo razón*; en virtud de todo lo cual se podrá decir: «*los dos contrincantes escriben*;» mientras que sería un disparate decir: «*el dón de escribir es LO ÚNICO que poseen los dos*;» siendo así que yo además *tengo razón*.... y de sobra. Resumen total.—1.<sup>a</sup> parte. Las *materias* son activas: *palinodia* con *matute*: 2.<sup>a</sup> parte: *no* sigue las mismas leyes: *palinodia* con *ber-renchín*.

A otra.

### VIRUTA 5.<sup>a</sup>

*Recuerdo del versículo 5.º del frontispicio*.—«La vida es un efecto com- plexo debido al concurso de varias causas todas naturales.»

*Quema de la viruta 5.<sup>a</sup>* (del Dr. M.)=Aquí no hay ni brizna de pa- linodia: soy franco; pero en cambio, hay *pertinacia en el absurdo*, y en esto también soy franco: no irás á creer, lector, que en un mis- mo párrafo se cambie de genial.

Meditemos. «*La vida es un efecto*.»=Conforme con el *Pabellón*, con el *Mundo* y con todos los *Diccionarios*.

«COMPLEXO, *debido al* CONCURSO *de* VARIAS CAUSAS.»

Aquí, de puro conformes, hemos de andar á cachetes. ¿De dónde ha sacado, sino de su caletre, el bienaventurado autor del miriñaque del *Credo*, que haya habido, no digo una escuela, no digo un médico, sino ni un antropófago que haya sustentado la idea de que la vida *es un efecto* SIMPLE *debido al* CURSO *de* UNA SOLA CAUSA? ¿Quién no sabe que el que no come se muere y que el que se muere de VEJEZ, se muere por más que coma? ¿A qué salir con Barthez y toda la com- parsa de difuntos en cuyo descrédito tanto se delecta SIEMPRE, ven-

ga ó no venga á cuento, ese doctor Mata-muertos, por una propensión digna del que gusta de enmascararse para habérselas con los vivos?

Venga acá el *micro-Voltaire* de la Historia de la Medicina; pues todo lo que dijo en la 5.<sup>a</sup> viruta es ocioso, y dicho por puro decir.

Los tratados de Física, lo mismo que los de Metafísica, y éstos lo propio que la razón vulgar, todos á una parten de una misma clasificación de las *causas* de los fenómenos; á saber: *causas eficientes* y *causas ocasionales* (ó *coeficientes*). Ahora bien: NADIE, desde que el mundo es mundo, NADIE ha dicho que la CAUSA de la vida sea UNA: el *frontispicio* dice que SON VARIAS; término *vago* y *mal entretenido* que, depurado, sólo expresa MÁS DE UNA, sin expresar sus *calidades* de eficientes ó coeficientes: de suerte, que diciendo el *frontispicio* en son de *credo de matón*, lo que nadie negó jamás, y habiendo consistido toda mi crítica de esta *viruta* en decir *que era una vulgaridad, y que, á la hora de votarla, San Jerónimo y Renán echarían ambos bola blanca*, resulta que dije lo que debía decir, y lo que el *Pabellón* se tenía bien merecido.

Ya ves, lector, que esto no tiene vuelta de hoja. Si en esta *viruta* he concluído por enfadarme, no ha sido ciertamente por mí que podía defenderme, sino por el pobre Barthez, con quien, si viviera, de muy buen grado luchara, pues no pertenezco á su escuela; pero á quien ni en vida levantara calumnias para engrandecerme como *suele* hacerlo ese máscara defensor del *frontispicio*. Basta decir que es de la escuela de Barthez, sí, de Barthez, aquella comparación entre el curso de la vida y la trayectoria de una bomba de guerra; comparación salida de la idea de *causa* y *concausas*, de *eficiente* y *coeficientes*; y tanto explotar á los muertos no tiene perdón de Dios.

Es hora ya de que la generación nueva grite: «¡abajo esos enanos, que sobre andar vestidos de prestado, osan trepar á lo alto del mausoleo de los grandes genios, y allí fundar sus triunfos, su gloria, su fama póstuma, en calumnias y denuestos á esos pobres que ya no pueden replicar!» La juventud es demasiado noble para no echar de ver que está asistiendo á una farsa de mal género.

Acerca del «*todas naturales*» no he de hacer más que volver á colocar en su sitio el final de las cinco líneas á que se reducía toda mi crítica del versículo 5.º, en el Artículo del n.º 2 de los *Archivos*. «A nadie se le ha ocurrido, jamás, que la vida sea *un milagro necesario*, sino un *fenómeno NATURAL muy contingente*.»

### VIRUTAS 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>

*Recuerdo de los versículos correspondientes del frontispicio.*—6.<sup>a</sup> «La salud  
»es un estado del ser viviente DEBIDO á la relación armónica entre  
»la organización y los agentes que la rodean.—7.<sup>a</sup> La enfermedad  
»es un estado del ser viviente DEBIDO SIEMPRE á alteraciones mate-  
»riales de los sólidos, líquidos ó gases.»

*Quema de las virutas 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>* (del Dr. M.)—En su catilinaria mi Cicerón se escurre bonitamente de mi argumento, concreto y endiablado, dirigido contra la primera de estas dos virutas. Dios se lo premie, pues me ahorra trabajo. (V. pág. 139, col. 1.<sup>a</sup>, vir. 1.<sup>a</sup>) Repongo, pues, el argumento en su lugar como es debido, el cual dice así, suprimida la parte humorística:

«En cuanto al negocio de la salud, sentimos vivamente que *«El Pabellón»* no nos exponga las leyes de contrapunto de esa *armonía*. Si vamos al decir de los materialistas, no podemos aceptar A NOMBRE DE ELLOS (*ojo á esto*, digo ahora) esa proposición, porque en habiendo armonía química ya estamos aviados, y lo que es la química no desafina jamás..... Francamente, esa proposición, en boca de médicos *para quienes vida y muerte son términos idénticos*, no entendemos qué quiere decir: sólo el que ve en la vida *una especialidad de acción*, puede aceptar que la vida sea *una especialidad de armonía*; fuera de esto tan armónica es la salud, como la lepra, como la putrefacción, como cualquiera otra cosa fenomenal de la naturaleza.»

POTSDATA.—El autor cita á Bichat como la víctima más segura del versículo 6.<sup>o</sup> del *Pabellón*; siendo así que Bichat es quien más y mejor pudiera reivindicar el término *armonía*, pues si hubiésemos de definir «ARMONÍA» diríamos que es el resultado tónico de la simultaneidad de dos notas *diferentes y distantes*; no el resultado informe de dos notas *contiguas* (disonancia), ni de dos notas *idénticas* (unísono). De suerte que la idea de armonía siempre implica *diferencia y oposición*, lo mismo en música que en pintura;... á no ser que el bueno del Doctor tome por base filosófica del término aquello de *«un hombre y una mujer que viven en buena armonía»*..... que así quiere decir *antagonismo armónico*, como *«ir tirando»* á la manera de los reyes católicos del Ministerio de Fomento, si es que allí están aún; ó de dónde estén, si es que ya los han quitado.

Respecto de la viruta séptima, diré que ha quedado en proyecto. Repara, lector, cómo todo el ruido que en ella hizo el *contrincante* queda acallado en un sentiamén. Existe un artículo *nuestro* intitula-

do: «*Nuestra bandera*», (inserto en el número 1.º de los *Archivos*), y contra el cual (y sea dicho de paso), ha desgastado su afilada dentadura crítica el *Pabellón* del 7 del corriente, al intentar en vano roer las dos ó tres primeras líneas, agotando los brios de todo un redactor en todo un *inmenso* artículo, mientras que *el roído* le decía por lo bajo al roedor:

Tu te prends à plus dur que toi,  
 Petit serpent à tête folle:  
 Plutôt que d'emporter de moi  
 Seulement le quart d'un obole  
 Tu te romprois toutes les dents.  
 Je ne craint que celles du temps (1).

LAFONTAINE, I. V. f. XVI, *Le Serpents et la Lime*.

Pues bien; en aquel artículo de los *Archivos* hay una cierta especie que puesta en forma de pregunta, tal cual aquí conviene, la formularé así: ¿Qué razón física explica, por qué una injuria proferida en lengua que no entendemos, no nos produce *efecto moral*, sin embargo de producirnos todo el *efecto físico*?

Citamos y emplazamos á todos y á cada uno de los *mantenedores del frontispicio* á que nos indemnicen del pobre papel que ha hecho, en la catilinaria del 28, su sofista vindicador.

Finalmente, respecto de aquello que dice que yo no podré asegurar que no hay causa material donde no la vemos (pág. 140, col. 1.ª, § 1.º) y demás broza de la dicha viruta, me dirás tú, lector, si te satisfacen mis dos réplicas.

1.ª Que en aquellos casos en que no se encuentra rastro material de lesión anatómica, sino se puede afirmar *que no la hay*, tampoco se puede afirmar *que la hay*. Y estamos iguales. Quiero decir que en este caso no hay posibilidad de cuestionar.

2.ª Que dado el hallazgo de lesión cadavérica, una cosa es encontrar en el cadáver un *hecho* ó un *deshecho* material; otra cosa es que ese *hecho* sea la causa inmediata á que es DEBIDO (ojo al verbo que reza el *credo*); pues así como en las causas externas el que recibe un puñetazo se va con el chichón, sin que el chichón sea debido al chichón, y sí al puñetazo, mientras que el puño al cual el chichón es DEBIDO (otro ojo), se larga con su dueño, sobre todo si el ojo que advierte es de algún municipal; así también muchas veces encontramos

(1) A su tiempo será contestado *El Pabellón* del 7, y en la forma que un artículo firmado, y dirigido *ad rem*, se merece.

en el cuerpo los estragos materiales DEBIDOS (otro ojo) á la acción de un alma, que, apurada de llevar el fardo corpóreo, le da un puntapie, diciendo á los anatómicos: «Doctores, ahí queda ESO».

Hé aquí, en términos llanos, el fácil mecanismo de las causas morales internas, efecto moral de causas morales externas.

### VIRUTA 8.<sup>a</sup>

*Recuerdo del versículo 8.º del frontispicio.*—«Los agentes naturales son »grandes modificadores de los estados de salud y de enfermedad.»

*Quema de la viruta 8.<sup>a</sup>* (del Dr. M.)—Toda la crítica de este versículo, en mi artículo bota-fuegos, consistía en los siguientes párrafos: «Esto (el versículo) no dice un punto más de lo que se sabe hasta en »el estado más primitivo de la razón humana.—Decís que sustentais »una *Doctrina!* Doctrina viene de *docere* que significa enseñar. No »olvidéis esta etimología para el prospecto del año IX de vuestras »victorias.»

Y cata ahí, lector, que el contrincante, HARTO sin duda de ciencia, como diría él, y cual si le hubiesen metido el dedo en las tragaderas..... ¡amigo! me arroja encima una de *dinamideos*, higiene, profilaxis y curación, que me dejó—te digo la verdad—desvanecido. Lee esta parte del *Pabellón*, reléela por Dios, lector, te lo suplico, tan pronto como concluyas las breves reflexiones que el siguiente parrafito me inspira, como núcleo y meollo que es de toda la *viruta*: «desde »los tiempos más remotos se ha esperado siempre, no solo por el »vulgo, sino por los médicos, más efecto de los medicamentos que »de esos agentes, en las escuelas se ha enseñado más el manejo, con- »fección y administración de las drogas y compuestos farmacológicos, que el empleo terapéutico de los agentes naturales.»

Los *credos* no pretenden obrar resultados directos, sino encaminar las voluntades al logro de ellos. De suerte que respecto á las aplicaciones de la higiene, así á la *preservación* como á las *curas*, no hemos de juzgar á los antepasados por los brillantes resultados que lograran, ni por los materiales de que dispusieran, sino por la intención ó dirección de voluntad que en sus actos dejaron patentizada. Ahora bien: tres figuras presenta la antigüedad, que asombran como higienistas, en su doble concepto, y son Moisés, Licurgo é Hipócrates: el primero como higienista de índole mística; el segundo como higienista de índole política; el tercero como higienista de índole médica ó social. El desarrollo del carácter y la historia del influjo sanitario, preservativo y curativo, de estas tres grandes figuras le hallarás,

lector, en el libro de uno de los higienistas contemporáneos más notables. Si lo digo, es porque aquí se juega limpio, y si no le nombro, es porque le cueste al contrincante buscar.

Pues bien, ¿el *credo* del *Pabellón* excomulgará á Moisés, Licurgo é Hipócrates porque pudieron menos de lo que positivamente quisieron? ¡Pues á eso podríamos llegar!

Y hablando de la aplicación de los agentes naturales ó del *régimen*, prosigue:—«*Los antiguos casi nada han dicho sobre el RÉGIMEN en la curación de las enfermedades, que es sin duda uno de los recursos más poderosos de la Medicina. Hasta nuestros días no se ha pensado en volver terapéutica la higiene*»

¿Verdad, lector, que este párrafo no tiene contestación?... Pues sabe, amigo mío, que de las dos proposiciones que comprende, la una es de Hipócrates, la otra de Mata-siete; la una del *calumniado*, la otra del *calumniador*, y ni el primer carpintero del mundo notaría la juntura. Yo te dije «*y prosigue:*» pero no te dije *quien*. Ahí verás.

Y lo peor es que de esta hecha la paga el justo por el pecador; pues Mata-siete sabe bien cual de las dos proposiciones es la suya; yo sé bien cual es la de Hipócrates; de suerte que solo tú, lector, que eres inocente, tendrás el trabajo de buscarlo, si es que por dicha tuya no conoces ya los textos de *ambas celebridades*. Arce y Luque, en su *Resumen de los Aforismos*, te dará un cabo de cuerda, en caso de necesidad.

Basta, sinó el contrincante se va *at patres* de una congestión cerebral, porque una burla como esta no se puede prolongar; lo reconozco, mata.

Respecto á la época del renacimiento, y á fin de acabar pronto, toma, lector, á Rabelais, y oirás respecto de esto declaraciones muy importantes de boca de *Panurge*, escudero de *Pantagruel*....

Esto basta y sobra para llamar la atención del lector sobre los motivos que yo tenía para reirme de esta GRAN NOTICIA, á saber: «*que los agentes naturales son grandes modificadores de los estados de salud y de enfermedad.*» ¡Hastío causa, por no decir cosa peor, tener que perder tiempo en tan estúpidas cuestiones!

### VIRUTA 9.<sup>a</sup>

*Recuerdo del versículo 9.º del frontispicio.*—«*Todo medio terapéutico obra modificando la parte material de la organización.*»

*Quema de la viruta 9.<sup>a</sup>* (del Dr. M.)—Todo el primer párrafo de esta viruta se escribió, como tantos otros, por no comprender los térmi-

nos de la cuestión, lo cual arguye confusión en las ideas. Felipe IV; hablando de cierto predicador, decía que le estimaba en más que á otros muchos muy elocuentes y afamados, porque ese tenía el raro dón de aplicar á cada idea su palabra expresa:... ¡á buen seguro que no es mi contrincante el heredero de aquel predicador!—«*Organización*» (como término técnico) es significativo de *conjunto material, estático, tangible*, del individuo, ora se considere vivo, ora muerto; y esto es tan cierto cuanto que lo que sabemos de «*organización*» lo sabemos por el examen cadavérico, y de ahí que la Anatomía sea el tratado de la organización estática, al paso que la Fisiología lo es de la organización en función de vida. Veá, pues, nuestro Doctor, como se le perdió el tiempo en toda la columna y media que á la viruta 9.<sup>a</sup> dedicó, y que hubiera podido ahorrarse si hubiese confesado palinódicamente que el *frontispicio* quiso decir «hombre», «persona», «individuo ó ser viviente»; sólo que no supo, ó le convenia al *Credo* hacerlo *creer* así. Para mí no perdió el tiempo, porque con las cosas que esa *Viruta* se dejó decir, me proporciona su Autor una ocasión más de divertirme á sus costas. Verás lector.

En el reino mineral, nadie está enfermo: el potasio y el sodio, el matabán y la peña, el rayo y el trueno, siempre revientan de salud; y viven tanto, que un día una peladilla de las faldas de Monjuich me refirió la historia de un salmonete amigo suyo de la infancia, muerto en época anterior á toda existencia humana sobre la tierra, y cuyos restos mortales, petrificados, en fe me regaló. Es así que en cuanto á las «*materias*» en nada difieren los cuerpos minerales de los cuerpos vivos, y hasta los vivos de los muertos; metales y metaloides en ambos, y en ambos idénticos, cada sustancia según su especie;—ERGO si fuéramos á alambicar *el hecho de la enfermedad y el de la salud*, tendríamos que deducir que son *hechos dinámicos*, ó que dependen de las fuerzas y no de las «*materias*,» de suerte que el *versículo* tendría que decir: *Todo medio terapéutico obra modificando la parte DINÁMICA de la organización.*» ¡Qué horror! ¿Verdad?

Esto vaya en expiación de los conatos de pillarme en contradicciones, que es la gran hazaña del Doctor del Alcorán en su viruta 9.<sup>a</sup>. Y que se guarde de echarme en cara que *dinamizo*, porque me enfadaré, y le contaré al lector aquello de la pág. 139, col. 1.<sup>a</sup>, § 2, que dice: «De las relaciones con el aire, los DINAMIDEOS (LUZ, CALÓRICO, ELÉCTRICO, MAGNÉTICO) *el agua, etc., etc., depende la vida y la salud especialmente.*»

Pero vaya eso á título de bromazo que quise darle á mi inexorable Vapuleador; porque el busilis no está aquí, y yo mismo le ayudaré á

levantarse de este tumbo cuando quiera. El intríngulis está en aquello tan duro de pelar de *las causas y de los efectos morales*, que quieras que no, no nos vamos á casa sin resolverlo.

Afuera Estratonices, y Antíocos y todo ser viviente, que cuando se trata con ciegos, conviene quitar tropiezos de delante.

Supongamos, lector, que estando un profesor en su cátedra, en medio de trescientos amigos, á quienes ha de dar lección, sólo porque ellos han nacido más tarde; supongamos, repito, que en esa situación un motivo urgente le obliga á salir de aquel recinto por breves instantes. El gran anfiteatro queda vacío de la persona del profesor. Su cuerpo se fué, y con él la presencia de su espíritu en aquel sitio. Imaginemos que no hay ni reglamentos, y por lo tanto ni castigos, y por lo mismo ni temor: nada egoísta, nada de reminiscencia instintiva; pues cabe imaginar que la mutua estimación y el respeto sean los únicos lazos unitivos. Allí deja el maestro la atmósfera física con su oxígeno, su azoe, su hidrógeno, su carbono, sus espórulos, sus partículas, su luz física, su luz química, calor, electricidad, magnetismo; mil influjos personales directos, irreductibles á análisis física, atraviesan como *diámetros* y como *cuerdas* de todos grados, dirigidos de uno á otro alumno por aquel ámbito circular. La propensión espontánea, el ardor y el bullicio de una sangre joven, les sugiere hablar, reír, gritar, ó en un dos por tres echarse á la calle á vivir la alegre vida de sus años. Y sin embargo de que las *cosas materiales* de aquel recinto nada explican, y de que la *parte material de aquellas personas* sólo propende al ruido y al movimiento, no hay allí ni movimiento, ni ruido. La voz del profesor no llega allá, y sin embargo ellos oyen «*confío en Vds.*;» ninguno de ellos habla, y, no obstante, aquél oye distintamente que le dicen «*confíe V.*»

¿Qué hay, pues, allí? ¿Qué les retiene? ¿Por qué están como si el profesor estuviera, siendo así que *en realidad* no está, ni le perciben en manera alguna?—Es que entre los dinamídeos *reales y efectivos* que influyen en las personas que ocupan aquel sitio, hay uno que no sólo es *imponderable*, sino esencialmente *imperceptible*, y que, quieras que no, está *presente y actuante* en los espíritus, como en el ámbito la luz.

A ver, pues, si esa otra *Estratonice* la pesa el positivo Doctor, ó si me la dibuja al menos... á ver, á ver...

---

Por fin, llegamos al fin; ya era hora, lector: no es culpa mía. Dice el Autor «*Hemos concluido...*»

—Yo todavía no.

—«*Nuestros principios quedan incólumes.*»

—Para ser feliz no hay como figurárselo.

—«*Lo que queda un tanto lastimado es nuestra persona.*»

—«*Ex abundantia cordis loquitur os.*» —Aquí el Doctor y la carta del Director del *Pabellón* están contestes en que es uno el autor. ¡Por culpa de S. S., y al bajarse ya el telón, se descubrió!

—«*En moral como en física la reacción es igual y contraria á la acción.*»

—Si fuera *así*, á mi nombre respondiera su nombre; á sus insultos contestarían mis insultos. Ya ves, lector mío, que hasta de la rabadilla de esta controversia sale un poderoso argumento más contra la identidad de lo físico y lo moral.

Ahora queda, lector, con Dios, y dispénsame; pues no quiero concluir sin dirigir á mi adversario dos palabras, siquiera por cortesía.

Oiga, V., Doctor, y vamos á cuentas claras, pues vuelta la oración por pasiva y vindicado mi honor en regla, ya puedo dirigirle á V. la palabra sin menoscabo de mi dignidad. Yo no se quién es usted, pero por sus ideas y por sus maneras colijo que debe ser uno de los que, en tan fácil cuanto insensata propaganda, estropean á perpetuidad la flor de la juventud médica de España entera: de esos jóvenes que, en su mayoría sanos y derechos, salen de las *Facultades de Campanario* para irse á la corte á tomar barniz, y de los cuales no pocos vuelven viciados y torcidos, ineptos de todo punto para emprender magistrales estudios; pues es triste condición del positivismo el tener muy bajo, y cada día más, el nivel, así del entendimiento, como de los sentimientos que inculca, y los que llegan á ser invadidos de esa influencia, vuelven trayendo el ya indeleble sello de menosprecio por los estudios metódicos y profundos, y de la petulancia que da la persuasión de haber llegado de un salto á las cumbres del alto y escarpado monte de la sabiduría. Y *como en materia de positivismo progresar es degenerar*, y acercarse al término es descender al supuesto origen, resulta que, de algunos años á esta parte, desciende cada día el nivel intelectual de la juventud, y tanto, que si ellos mismos no lo remedian con su buen sentido, como lo empiezan á hacer, no se á dónde iríamos á estrellarnos con tan desbocado descenso. Seguro estoy de que los profesores de *todas* las facultades de España, exclaman al leerme: «¡Tiene razón!», y de fijo añadirían «¡y tiene además el valor de decírselo cara á cara!» si no fuese que la de V. ha hecho novillos á esta peligrosa «*Lección*». Pero V. me lee

y V. me hace justicia desde «*esos fondos* de su conciencia;» pues sobrado comprende que lo de menos fuera para mí y para el lustre de las letras, el que se propagase positivismo, con tal de que para cultivarle se encareciese la necesidad de los estudios fundamentales, y se diese el ejemplo poseyéndolos bien; pero ahí está la muestra de su presunción de V. en la facilidad con que, fingiéndome yo superficial y atolondrado en las formas de mi primer artículo, logré ocultarle un fondo que todo el mundo vió, menos V., y por ende sacarle á la palestra; y la prueba de las escasas fuerzas de que V. dispone, ya se la ve en los tumbos y revolcones que ha llevado, y en los cuales me temo que la careta se le desprendió de las orejas, y se le fué rodando por la arena, haciendo inútil, si no ridícula, la precaución de salir con antifaz.

Dudo que en adelante le queden á V. más recursos que insolencias, según insolente ha estado en ocasión en que creía disponer de abundantes razones; pero yo no me duermo jamás; así es que quedo con el arma al brazo, dispuesto á obrar según se obre, y gracias que lo haga así, pues motivos me dió V. para no pararme en este punto, y no me faltan, metido en un empeño, (pues antes lo pienso bien), ni ardides para la lucha, ni perseverancia para el triunfo, ni independencia, en fin, para sacrificarlo todo al servicio de una causa noble.

Haga, V., pues, lo que estime que le trae más cuenta; ó dar esta lucha por terminada, ó proseguirla á perpetuidad; pero entienda V. y entiendan también los suyos, que, salvo el juicio de Dios que á todos nos envuelve, cada vez que se nos aparezca delante ese estandarte con el

¿SABINIO POPULO QUIS RESISTIT?

desde aquí contestará el nuestro

SENATUS POPULUS QUE ROMANUS

(*Arch. de la Medicina Española*, 15 Abril 1868.)

## LA SALUD

### MOTIVOS DE ESTA PUBLICACIÓN

(Artículo-Prospecto.)

Todas las naciones cultas de Europa cuentan en su literatura popular con un número de periódicos destinados á la propaganda de los conocimientos higiénicos; número que resulta proporcional á la ilustración é importancia del país respectivo.

¿Y España? España debe al malogrado Monlau el haber contado de 1858 á 1864 con *El Monitor de la Salud*. Desde esta última fecha, volvióse á quedar como antes estaba; es decir, á cero.

¿Y por qué? ¿acaso el país no tiene necesidad de este elemento de educación social, ó si la tiene, no la experimenta, ó acaso experimentándola no llega á darse clara cuenta de lo que ha menester? En otros términos, ¿se halla por este concepto nuestra sociedad como la roca que no tiene necesidades, ó como la planta que, teniéndolas, no las siente, ó cual tierno niño que, si las tiene y las siente, no acierta á dar con el medio adecuado de satisfacerlas?

Hé aquí la contestación que, á nuestro parecer, corresponde á estas preguntas.

La necesidad de una formal propaganda de conocimientos higiénicos es positiva. La vida de la sociedad moderna, con ser la más sabrosa que han visto los siglos, y serlo para el mayor número de gentes, es, asimismo, la que más salud derrocha y más aceleradas vueltas imprime al volante de nuestra máquina orgánica.

Que esta necesidad es sentida lo sabe perfectamente todo médico en ejercicio. Lo sabe, porque en el seno de todas las familias, en el curso de las más indiferentes conversaciones, independientemente de los casos concretos que han motivado su llamamiento, se ve de continuo interpelado acerca de las más variadas y transcendentales cuestiones referentes á salud, así pública como privada.

Siendo, pues, evidente que la necesidad á que aludimos es *positiva* y es *sentida*, parécenos oportunísimo paso el que hoy damos, al ofrecer en este Semanario el medio de darle satisfacción cumplida.

Todo esto, sin embargo, no pasa de un mero razonar: *presumi-*

*mos, opinamos, creemos* que el público español necesita lo que le ofrecemos: nada más. Para *saberlo* es menester experimentarlo, y los experimentos sociales exigen mucho desprendimiento. Afortunadamente este no nos falta, y al tratar de realizar nuestra idea hemos consagrado á su logro las tres cosas de que en modesta escala podemos disponer: capital, voluntad y nombre.

Por lo que dice á lo primero, fundamos LA SALUD á nuestras exclusivas expensas y comenzamos por repartir, á título de prospecto, cincuenta mil ejemplares de este primer número.

En punto á voluntad, al fundar LA SALUD, obedecemos á un impulso de nuestra conciencia. Tras largos años de asistir á los enfermos de uno en uno, hemos sentido, francamente, cierta necesidad de dedicar una hora al día á la asistencia de la sociedad en conjunto, procurando trasfundirle cuanto pueda ser útil á su conservación y medros.

El acentuado interés con que la prensa de todos los partidos acogió en 1874 nuestro discurso intitulado: *El pro y el contra de la vida moderna*, y las excitaciones con que autorizados escritores nos honraron para que perseveráramos en el cultivo del tan fértil cuanto virgen campo de la *Medicina social*, sugiriéronnos el propósito de fundar LA SALUD, y hoy, al traerlo al terreno práctico, después de prolija deliberación, ha sido nuestro primer empeño aplicar eficazmente la voluntad á una concienzuda organización del periódico.

A este fin, auxiliados además por cierta natural aversión á la rutina, no nos hemos contentado con imitar el tipo del periódico de propaganda higienista corriente en los demás países, sino que, persuadidos, en virtud de veintidós años de profesorado, de que el método es la mitad de la instrucción, y observando que este es, por lo general, nulo y en los casos excepcionales defectuosísimo en las revistas análogas á la nuestra, hemos organizado su contenido de tal suerte que, en lugar de una serie de noticias, artículos y sueltos, puestos sin el orden y el concierto debidos y sin propósito educativo final, ofrezca al lector dos novedades importantísimas, á saber: 1.<sup>a</sup> la división del contenido en DIEZ SECCIONES, destinadas á las diez especies de asuntos de incumbencia del Semanario, lo cual facilita grandemente su examen y abrillanta su respectiva importancia, y 2.<sup>a</sup> la adopción, para la sección I, o de *Higiene dogmática*, de un orden expositivo que, aunque llanísimo en la forma, sea rigurosamente científico en el fondo; lo cual con el tiempo sugerirá en la mente de los lectores asiduos un *criterio propio*, muy suyo y muy seguro, con que poder resolver atinadamente de plano aquellos casos concretos, que

de la fecunda realidad de la vida surgen. La utilidad de este sistema sube de punto imponderablemente puesto al servicio de un jefe de familia, para quien esos casos, esas dificultades imprevistas constituyen una fuente inagotable de conflictos y perplejidades, cuando sólo posee un montón de inconexas noticias y no un formal sistema de convicciones. Acerca de este particular, fuerza es reconocer una verdad, y es que las ideas sacadas *à la fourchette* de los marmitones del corriente periodismo suelen engendrar una ilustración inconexa, mil y mil veces más expuesta á error que una sensata ignorancia.

Si en evitar estos escollos, á que la falta de método expone, hemos puesto tanta voluntad, es por la mucha importancia que atribuimos al instrumento *prensa*. Aplicado el poder de esta á la difusión de la higiene, acrecienta el influjo benéfico del médico hasta tal punto que, en menos tiempo que se asiste un caso de simple resfriado, se puede, por medio de un buen artículo, evitar mil de tísis. Empero cae de su peso que este mismo poder empleado sin los debidos miramientos, entre los cuales el método forma en primera línea, puede producir desastres, achaque, al fin, inseparable de todo humano recurso.

Alimentamos, pues, en este punto la convicción de que LA SALUD aventaja en utilidad á los demás periódicos de su género. En las propias miras y precauciones descansa la colección de obritas especiales de higiene, como por ejemplo, la *Higiene de la piel*, la *Higiene de la vista*, etc., que con el título colectivo de BIBLIOTECA DE LA SALUD, é independientemente de este Semanario, fundamos bajo el sistema y las condiciones que en su lugar se anuncian.

Y, finalmente, de nuestro nombre, en tanto que elemento de éxito de esta publicación ¿qué diremos? La verdad: que cuando vemos que hombres de la talla de P. Niemeyer de Magdeburg, Reclam de Leipzig, Dobroslavin de Petersburgo, Varrentrapp de Frankfort, Festaertes de Lieja, Pietra Santa y Garnier de Paris, Renzi de Génova, Mantegazza de Milán... etc., lejos de imaginar desdoro el descender al campo de la literatura médica popular, antes al contrario, se sienten honradísimos con su cultivo... cuando esto vemos, lo que cordialmente sentimos es no valer mucho más de lo poco en que nos estimamos, para de esta suerte tener mucha más gloria que echar á la calle y con ella mayor prestigio; puesto que así trascenderían inmensamente más nuestros esfuerzos en pro del bien público.

Con todo lo que va dicho, y que hoy ofrecemos traducido en hecho, parece que si el éxito no correspondiese al deseo no sería nuestra la culpa.